

LOS ENANITOS Y EL ZAPATERO

Hermanos Grimm

Hace muchísimos años, en una aldea pequeña, vivía un anciano zapatero. Era muy trabajador, pero se había empobrecido tanto, que apenas tenía cuero para fabricar un par de zapatos. Un solo par. Preocupado, una tarde cortó y preparó las piezas para concluir el trabajo al día siguiente.

— Mañana temprano terminaré —dijo a su esposa—. Mis ojos son débiles y no veo bien la luz de la vela.

Se durmió inquieto y se despertó al amanecer. Cuando se asomó al taller, no pudo creer lo que veía. ¡Los zapatos estaban terminados! Sorprendido, los miró en detalle. ¡Perfectos! Entusiasmado con la idea de venderlos muy bien, los puso en la vidriera. Al instante apareció un cliente que pagó por ellos cuatro veces su valor. ¡Qué alegría! Con ese dinero, el anciano compró cuero para fabricar no uno, sino dos pares. Antes de la caída del sol, cortó las piezas, las dejó sobre la mesa, y apenas oscureció se fue a dormir. A la mañana siguiente, allí estaban los dos pares de zapatos, impecables. Volvió a venderlos a buen precio, compró más cuero para hacer el doble de zapatos, los preparó, y se fue a dormir... Y así se repitió la historia, noche tras noche.

—¿Quién nos estará ayudando? —pensó en voz alta el zapatero—. ¿Y si hoy nos quedamos despiertos para averiguarlo? —propuso a su mujer.

Y así hicieron. Escondidos tras unas cortinas, esperaron. A medianoche, vieron aparecer por una rendija a unos seres pequeñitos que se movían con gracia, canturreaban y reían. Iban descalzos, vestían ropa liviana y llevaban sombreritos puntiagudos. En unos minutos, manejando con destreza agujas, hilos, martillos y clavos, fabricaron los zapatos más primorosos que algún zapatero haya visto. Una vez terminada la tarea, se fueron como habían llegado.

///

///

—¡Asombroso!—exclamó la mujer del zapatero—. Estos hombrecitos han estado haciendo el trabajo. ¡Pero van desabrigados! ¿Y si coso ropas para ellos? También podrías fabricar zapatos para sus piecitos, ¿no?

El zapatero celebró la idea. Esa noche, entonces, en lugar de los cortes de cuero, dejaron la ropa diminuta, y se escondieron para verlos.

—¡Qué linda esta casaca verde! —decía uno de ellos mientras se la ponía.

—¡Hermosos estos pantalones! —comentó otro—. Y ahora que estamos vestidos como señores, ¡ya no queremos ser zapateros!

Y así fue nomás. Nunca volvieron al taller de nuestro amigo. Pero él ya no los necesitaba: gracias a su ayuda, su negocio había prosperado muchísimo. Toda la aldea volvió a comprar zapatos, zuecos, sandalias y botines. Lo que nadie entendía era por qué, en todos los pares, aparecía grabada la imagen de un enanito con un sombrero puntiagudo.

Este cuento maravilloso fue compilado por los hermanos **Jacob y Wilhelm Grimm**, quienes lo publicaron en 1812. La versión que aquí se ofrece fue realizada por la escritora Graciela Pérez de Lois.